

fué rey; dotóle el cielo de tantos talentos naturales y sobrenaturales, que en pocos se encontrará competencia, y no sé si se hallará ventaja en alguno. ¿Pero quién vivió mas abismado, por decirlo así, dentro del propio conocimiento? Las prosperidades, que ordinaria y como naturalmente llenan de hinchazon el corazón humano, al suyo le sumergian, y en cierta manera como que le aniquilaban. Nació gran rey; hizose mucho mayor, y quiso morir como el último de sus vasallos. ¿En qué se parecen nuestros dictámenes á los suyos? Al considerar nuestro modo de discurrir, ¿no se podrá juzgar que hemos descubierto alguna nueva senda para ir al cielo? ¡O gran Dios, qué mayor prueba de que es bien corto el número de los escogidos, que el ser limitado el número de los humildes!

Deseo, mi Dios, ser de este pequeño número; y por eso os pido con las mayores veras que me concedais esta amable virtud. Humilladme, Señor, cuanto fuere de vuestro agrado; pero otorgadme la gracia de que sea humilde.

JACULATORIAS.—Sí, Señor, cada día quiero ser mas humilde á mis propios ojos; y por eso deseo ser cada día mas humillado y mas abatido á los ojos del mundo. (2. Reg. 6.)

Muy provechoso me ha sido, Señor, el que me hubieseis humillado; que de esa manera me habeis hecho dócil á vuestros preceptos, y rendido á vuestros mandamientos. (Psalm. 118.)

#### PROPOSITOS.

1 En los otros se estima y se alaba grandemente la humildad; pero son pocos los que trabajan eficazmente para poseerla ellos mismos. Si se pudiera ser humilde sin ser humillado; si para serlo bastara conocer que hay sobra de pecados, falta de virtudes, escasez de méritos, pobreza de talentos, no seria tan rara esta virtud. Un poco de entendimiento basta para que cada cual se haga justicia á sí mismo; pero nuestras sentencias en este particular jamás salen del secreto tribunal del entendimiento, y nunca se notifican, ni las consiente el corazón. Pero ello es cierto que sola la humildad del corazón es virtud cristiana. Para lograrla es menester, á pesar de la repugnancia natural, llevar á bien y aun desear ser humillados. Examina cuidadosamente los rodeos, los efugios, los ingeniosos artificios del amor propio para evitar una humillacion. ¡Qué sensibles al mas leve menosprecio! ¡qué vivacidad, qué empeño en justificar hasta nuestras mismas faltas! ¡qué indigestion, qué desafecto hácia aquellos que á nuestro

modo de entender, no nos estiman tanto! Toma una vivísima resolucion de reprimir todas esas vivacidades, todos esos dictámenes, todos esos ímpetus del orgullo, y por lo menos de no quejarte, de callar cuando se te ofrezcan ciertas pequeñas humillaciones, y de rogar á Dios por todos aquellos de quienes se vale su amorosa providencia para humillarte.

2 No te contentes con escoger siempre el lugar mas humilde en todas las concurrencias; desea que te le señalen, y alégrate cuando te retiran á él: lo primero puede ser atencion y buena crianza; lo segundo siempre es humildad verdadera. Huye de todo lo que sea profanidad en el vestido, y segun tu estado contentate por lo comun con el mas sencillo y con el mas modesto. Jamás trates á ninguno con desden, con desprecio ni con altanería, ni aun á tus mismos hijos ó criados; el tono imperioso y despreciativo siempre es hijo de la soberbia y del orgullo; ni para corregir es menester ajar. Evita con el mayor cuidado cierto modo de andar fantástico y arrogante, que no prueba menos la debilidad de la cabeza que la destemplanza del corazón.

#### DIA XXXI.

#### MARTIROLOGIO.

SANTA PETRONILA, virgen é hija de S. Pedro apóstol, en Roma; la cual rehusando tomar por esposo á Flaco, hombre noble, consiguió tres dias de término para deliberar, durante los cuales estuvo en continua oracion y ayuno, y al tercero, despues de haber recibido el santísimo sacramento de la Eucaristia, entregó su alma al Criador. (Véase su vida en este día.)

LOS SANTOS MÁRTIRES CANCIO, CANCIANO Y CANCIANILA, hermanos, en Aquileya; los cuales siendo de la ilustre familia de los Anicios, perseverando constantes en confesar la fe católica, fueron degollados juntamente con su ayo Proto en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano.

SAN CRESCENCIANO, mártir, en Torres en Cerdeña.

SAN HERMIAS, soldado, en Comana en el Ponto; el cual en tiempo del emperador Antonino habiendo sido libertado por la mano de Dios de innumerables y muy crueles tormentos, convirtió á la fe católica al mismo verdugo, haciéndolo participante de la corona del martirio, la cual recibió el primero siendo degollado.

SAN LUPICINIO, obispo, en Verona.

SAN PASCASIO, diácono y confesor, en Roma, de quien hace mencion S. Gregorio papa.

## SANTA PETRONILA, VIRGEN.

SANTA Petronila, á quien el vulgo de Francia llama *Perina*, y en otras partes *Petronela* ó *Pernela*, vivia en el primer siglo de la Iglesia. En fuerza de una antigüedad tan retirada, y de unos tiempos en que los primeros fieles de la Iglesia solo pensaban en vivir y en morir por Jesucristo, y no se detenian á escribir, es casi nada lo que sabemos del nacimiento, santa vida y preciosa muerte, á los ojos del Señor, de Sta. Petronila; ignorancia, que junta al culto inmemorial tributado constantemente á Sta. Petronila desde la primitiva Iglesia, dió motivo á muchas historias apócrifas, que ya corrian en el mundo desde el tiempo de S. Agustin, y el Santo se empeñó en refutarlas. Lo menos incierto que se puede decir de nuestra Santa es lo siguiente.

Fué Petronila una doncella romana, á quien S. Pedro convirtió á la fe con toda su familia, poco tiempo despues que entró en aquella cabeza del mundo cristiano. Habiendo tenido la dicha de recibir el bautismo en una edad muy inocente, y de ser instruida desde entonces en las máximas de religion por el Príncipe de los apóstoles, ya se dejan discurrir los progresos que haria en el camino de la perfeccion. Siendo cristiana toda su familia, y acudiendo Pedro á su casa con frecuencia, estaba la jóven Petronila á los pies del Apóstol como otra Magdalena á los de Cristo, aprovechando la ocasion de oír frecuentemente sus santas instrucciones. Y como por otra parte el mismo Apóstol la habia reengendrado á la gracia por el bautismo, comenzó la Santa á llamarse *hija espiritual* de S. Pedro, prefiriendo este título á otros muchos que quizá tendria; y por haberse hallado este nombre de *hija de S. Pedro* en las antiguas actas de los santos mártires, se padeció la equivocacion de tenerla por hija legítima y natural del Apóstol. Hizose mas verisimil esta equivocacion, por constar del mismo Evangelio que S. Pedro fué casado, y sabemos por la tradicion de la Iglesia que su mujer fué mártir generosa de Jesucristo; por lo que no es de admirar, que con el tiempo el título de *hija de S. Pedro*, con que se honra Petronila, diese motivo á creer que S. Pedro habia sido su padre natural y verdadero.

Deseaba ardientemente la santa doncella padecer mucho por un Señor que tanto habia padecido por ella; y movida de estas fervorosas ansias, todo el objeto de sus deseos y todo el asunto de sus oraciones era la cruz. Concedióselo nuestro Señor abundantemente, dándola por cruz la misma cama, donde la tuvo



STA. PETRONILA V.

inmóvil por muchos años con una perlesia universal, que la ocupó todos los miembros de su cuerpo. Era espectáculo verdaderamente digno de la admiración cristiana ver á una doncella en lo mas florido de su edad, de extraordinaria hermosura, de un espíritu vivo, pronto y despejado, atormentado su delicado cuerpo con agudísimos dolores, embargado el uso de todos sus miembros, privada de todo alivio y consuelo, sin que se notase en ella la menor señal de impaciencia, sin que se le escapase ni un primer movimiento de inquietud, con un semblante siempre sereno, siempre risueño, siempre igual; con una modestia y con una apacibilidad inalterable. Mirábanla todos como un milagro vivo de paciencia y de virtud, admirábanla, y proponíanla por modelo de la perfección cristiana.

Todas estas virtudes eran efecto de su caridad y de su fe. El encendido amor que profesaba á Jesucristo la hacia suspirar incesantemente por el martirio, y á vista del abrasado deseo que tenia de derramar su sangre por la religion, la parecia nada todo cuanto padecia. Era correspondiente á estas virtudes la ternísima devoción que profesaba á la santísima Virgen; y en conclusion, se puede decir, que toda perfección cristiana se dejaba como palpar en aquella dichosísima doncella.

Era la casa de Petronila como el hospicio general de S. Pedro y de todos los cristianos que habia en Roma; y se dice, que un día en que habian concurrido muchos, y estaban todos para sentarse á la mesa, algunos de ellos mostraron estrañar mucho, que bastando la sombra sola del Apóstol para curar á otros enfermos, quisiese el Santo dejar paralítica en una cama á la hija de un hombre que á todos hacia tanto bien. Pareciendo á S. Pedro que aquella estrañeza podia debilitar su fe y su confianza, mandó á Petronila que se levantase, y viniese á servirlos á la mesa; lo que hizo al punto la Santa, como si nunca hubiese estado enferma. Quedaron todos asombrados, bendiciendo al Señor, obrador de aquellas maravillas; pero declarándolos el Apóstol, que á la santa doncella le era mas conveniente la enfermedad que la salud, y que era voluntad de Dios que todavía se purificase mas y mas por algunos años, continuando los ejemplos de su invencible paciencia, la mandó volverse á la cama, y en el mismo instante se volvieron á apoderar de ella todos sus males, quedando tan paralítica como antes, con la misma debilidad, con la misma inacción y con mas vivos dolores. Tiénese por cierto que Petronila permaneció en el mismo estado por algunos años, y que no sanó perfectamente hasta despues del martirio del Apóstol.

Fácilmente se deja considerar la vida que haria en Roma la

fervorosisima doncella despues de la preciosa muerte de su padre espiritual. Instruida en tal escuela, formada por tal mano, y gobernada por tan diestro director, ¿qué progresos no haria en el camino de la perfeccion? Las penitencias voluntarias suplieron los dolores de las enfermedades, siendo su vida un continuo ejercicio de devocion y de mortificacion. Habiendo gozado la Iglesia de un corto intervalo de paz despues de la muerte de S. Pedro, alargó Petronila las velas á su zelo y á su caridad, siendo su casa el asilo donde las tiernas doncellas cristianas y todos los demás fieles hallaban cuanto habian menester para sus necesidades espirituales y corporales. Sus bienes eran de los pobres, y todo cuanto trabajaba se destinaba al alivio de los afligidos y menesterosos. Su casa parecia verdaderamente un monasterio, y nunca dejaba su retiro sino para consolar y para ayudar á los fieles que estaban en las prisiones, ó para enterrar á los que habian sido martirizados.

No tardó Dios en autorizar aquella eminente santidad con el don y con el esplendor de los milagros. Todas las enfermedades cedian á sus oraciones; y bastaba, dicen las actas, que tuviese deseo de rogar al Señor por los enfermos, para que desde aquel mismo punto estuviesen sanos. Su humildad, su modestia, su modo y sus conversaciones conservaban maravillosamente en todos cuantos la veian y trataban las saludables lecciones que los habia enseñado el santo Apóstol; de manera que parecia servirse Dios de la honestisima doncella para animar la fe y escitar el fervor de los cristianos.

Pero ni las penitencias, ni las prolijas y molestas enfermedades habian ajado un punto su extraordinaria hermosura, y las maravillas que se contaban en Roma de su virtud, de su espíritu y de otras muchas prendas naturales hacian mucho ruido en toda la ciudad. Vióla un dia Flaco, caballero romano, y enamorado ciegamente de ella resolvió pretenderla para esposa, para cuyo efecto, sin querer valerse de otro interlocutor, el mismo se fué un dia á su casa con grande acompañamiento de criados y de lacayos, y la hizo derechamente la proposicion.

Quedó Petronila estrañamente sorprendida, tanto de la visita como del asunto de ella; pero siendo muy dueña de sí misma, disimuló perfectamente su estrañeza, y respondió á Flaco con la mayor urbanidad, agrado y cortesania, quedaba sumamente reconocida y obligada por la honra que pretendia hacerla; pero que siendo materia de tanta consideración; le pedia tres dias de término para pensarla, y para poner orden en los negocios de su casa, que al cabo de ellos podria enviar algunas doncellas y

criadas que la acompañasen. Retiróse aquel caballero muy satisfecho de la atenta respuesta y cortesanos modales de la que consideraba ya como su futura esposa, y solo pensó en hacer sus prevenciones para celebrar la boda.

Pero nuestra Santa, que desde sus mas tiernos años habia consagrado á Dios su virginidad, resuelta mas que nunca á no tener otro esposo que Jesucristo, se encerró en su casa con otra santa virgen, llamada Felicula, y pasó todos los tres dias en oracion, en ayunos y en todo género de penitencias. Animada de una viva fe y de una tierna confianza en Jesucristo, á quien siempre llamaba *su divino esposo*, y en la santísima Virgen, á quien nombraba siempre *su querida madre*, suplicaba á los dos con las mayores instancias, que no la dejaran por mas largo tiempo en el mundo, espuesta á agrandar á otros ojos que á los de su divino esposo Jesucristo. *Ahóquese, Señor, mi vida en mi sangre ó en mis lágrimas*, exclamaba con fervor, y fué oida su oracion. El tercer dia, al amanecer, vino á su casa el presbítero Nicodemus, celebró el santo sacrificio de la misa, dióla la comunión, y tuvo el consuelo de verla espirar tranquilamente al pié del altar, consumida con el fuego del divino amor. Poco tiempo despues llegaron las doncellas que enviaba Flaco para acompañarla, y en lugar de conducirla al tálamo nupcial, siguieron el acompañamiento de los funerales, llevándola á la sepultura.

Fué enterrado el santo cuerpo en un cementerio del camino de Ardi, que despues se llamó de su nombre, y con el tiempo se fundó en él una iglesia en honra de la misma Santa. El papa Gregorio III la hizo una de las estaciones en el octavo siglo, y Paulo I trasladó el cuerpo de Sta. Petronila á la iglesia de san Pedro en el Vaticano, donde cada año se celebra su fiesta con extraordinaria solemnidad; y no se celebra con menos en los Trecentos de París, y en la abadía de Sta. Perina ó Petronila cerca de Compiegne.

Aunque el Martirologio romano dice que Sta. Petronila fué hija de S. Pedro, se ha de entender que fué hija espiritual, lo que se infiere de lo mismo que añade, que *Flaco, hombre noble, la pidió por esposa*; porque si fuera hija de S. Pedro, segun la carne, no cabia que un caballero romano pensase en casarse con ella, ni por la calidad, ni mucho menos por la edad que entonces tendria la Santa, que necesariamente habia de ser muy avanzada. El breviario romano nada dice en particular de Sta. Petronila, porque Clemente VIII mandó quitar la leccion que antes habia.

*La misa es en honra de la Santa, y la oracion la siguiente:*

Oyenos, Señor Salvador da virgen Petronila, sea acom-  
nuestro, para que la alegría pañada de una verdadera de-  
espiritual que sentimos en la vocion. Por nuestro Señor Je-  
festividad de tu bienaventura- sucristo, etc.

*La Epistola es del cap. 7 de la primera del apóstol S. Pablo á los Corintios.*

Hermanos: En orden á las que lloran, como aquellos que  
virgenes yo no tengo precepto no lloran: y los que se ale-  
del Señor; pero doy consejo gran, como aquellos que no se  
como que he conseguido del alegran: y los que compran,  
Señor misericordia para ser como aquellos que no poseen:  
fiel. Creo, pues, que esto es un y los que usan de este mundo,  
bien, atendida la necesidad que como aquellos que no usan,  
urge, porque al hombre es porque se desvanece la figura  
bueno el estarse así. ¿Estás li- de este mundo. Quiero, pues,  
gado á una mujer? no preten- que vosotros esteis sin inquie-  
das soltura. ¿Estás suelto de la tud. El que está sin mujer tie-  
mujer? no busques esposa. Pe- ne solicitud por las cosas del  
ro si tomares mujer, no pecas- Señor, de cómo agrada-  
te. Y si una virgen se casare, rá á Dios. Pero el que está con mu-  
no pecó; con todo eso, estos jera tiene solicitud por las cosas  
padecerán la tribulacion de la del mundo, de cómo agrada-  
carne. Pero yo no hablo de vos- rá á la mujer, y está dividido. Y  
otros. Lo que digo, hermanos, la mujer soltera y la virgen  
es esto: El tiempo es breve: piensa en las cosas del Señor,  
resta, pues, que los que tie- para ser santa en el cuerpo y  
nen mujeres sean como aque- en el espíritu: en nuestro Se-  
llos que no las tienen: y los ñor Jesucristo

#### REFLEXIONES.

*La figura de este mundo pasa.* Grandeza mundana, fortuna  
brillante, nacimiento ilustre, talentos sobresalientes, elevados  
empleos, altas dignidades, prosperidad deliciosa; luego nada  
sólido se halla en vosotros sino es el nombre; luego nada sois  
en suma sino unas lisonjeras ilusiones, un sueño agradable que  
embelesa por unos pocos momentos, y aun ese embeleso no es  
mas que para los que están dormidos. Alábase cuanto se quisiere

á este mundo; él no es mas que un fantasma, tras el cual se  
corre, se cansa, se fatiga, y al cabo solo se halla confusion,  
amargura y arrepentimiento. Es un ídolo que fabricó el capricho,  
á quien sin cesar se está incensando mas por costumbre que por  
razon: es una imágen, una figura superficial que se mancha, que  
se borra, que en breve tiempo se deshace. ¿Qué nos ha que-  
dado de aquel mundo que reinaba cien años ha? Los retratos de  
sus adoradores y de sus zelosos partidarios son visibles: las mo-  
das, que son fruto del capricho estravagante del mundo, se mu-  
dan á cada instante. Por gravosas, por molestas, por ridiculas y  
por perjudiciales que sean, basta la descompuesta fantasía de  
una mujer loca, basta el antojo de un genio y de una inventiva  
mundana y ociosa para hacer ley de una nueva moda, pero ley  
que á lo mas suele durar un año. El gusto va siempre tras el  
capricho; y el perpetuo giro de gusto, de moda, de diversion y  
de costumbre forman como el cuerpo del fantasma, tras el cual  
se corre. No pasa mas veloz que el mismo mundo el viento que  
alimenta, ni el humo que atolondra, y que ciega á los munda-  
nos. *Pasa su figura;* porque el mundo, ¿qué otra cosa es que  
una imágen de colores sobrepuestos y de rasgos superficiales,  
que el mismo aire los borra y los confunde? Todo es mera este-  
rioridad en el mundo: las grandes honras que se tributan hácia  
afuera; las mas vivas demostraciones de una fingida amistad;  
máscara, artificio, afectaciones, hazañerías, todo pasa, todo se  
acaba; y en acabándose, ¿qué resta de todo ello que pueda sa-  
tisfacer á un hombre racional, ni que pueda llenar á un corazón  
cristiano? Ni aun dura el mundo, por decirlo así, todo lo que  
dura la vida de un mundano; basta la menor desgracia para  
aborrecerle; á la primera caída parece que el mismo mundo  
huye de sus mas apasionados parciales; los mismos años des-  
piden al mundo. Inútilmente pretendemos ser gentes del mun-  
do á pesar de las canas, de las arrugas y de las hediondeces de  
la vejez; el mundo ya no quiere nada de nosotros. Es el caso,  
que como el mundo nunca es viejo, solo gusta de los mozos.  
Pero bien está; logremos el favor del mundo por toda la vida;  
no por eso será larga su duracion. Apenas caemos enfermos en  
una cama, cuando el mundo se acabó para nosotros. Pasemos á  
ojear en el sepulcro de los grandes y de los dichosos del siglo;  
¿brilla por ventura el mundo entre sus podridas cenizas? ¿qué  
resta del mundo á la hora de la muerte? ¿Pues qué estravagan-  
cia, qué encanto, qué locura no es amar al mundo, y servirle  
como esclavo! ¿aprimionarse, consumirse, arruinarse, y perder-  
se por seguir el espíritu y las máximas del mundo! Todo el

mundo grita contra ellas, y todo el mundo las sigue. ¡Qué se deberá pensar de esta conducta!

*El Evangelio es del cap. 13 de S. Mateo.*

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. También es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una, fué, y vendió cuanto tenia, y la compró. También es semejante el reino de los cielos á la red echada en el mar, que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Heis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Y les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

#### MEDITACION.

*El olvido del último fin es el origen de lo mal que discurren los mundanos.*

PUNTO PRIMERO. — Considera que el mundo es ciego, es insensato en el juicio que hace de los bienes y de los males de esta vida. Si se consulta su espíritu, y si nos hemos de dejar guiar de sus luces, será preciso decir que todos los santos se engañaron; que el Evangelio y que el mismo Jesucristo carecieron de luz y de discernimiento, habiendo errado en todos los principios.

Horrorízase el corazón solo con oír estas blasfemias. Pero no obstante es indubitable, que prácticamente así habla y así discurre el mundo todos los días. Puntualmente alaba aquello mismo que Jesucristo reprueba, y que todos los santos miraron con horror. Bien puede el Salvador representar las riquezas como estorbo de la salvación; no importa: ni por eso dejará el mundo de idolatrar en ellas; infaliblemente se incurre en su desgracia luego que se cae en pobreza. ¿De dónde nacen todos estos desórdenes? del olvido del último fin.

¿De dónde nace que el día de hoy discorra el mundo tan poco cristianamente en medio del cristianismo? ¿cuál es el origen de la ceguedad y de la locura del mundo? No es otro que juzgar de la felicidad del hombre solo por respecto á la vida presente, sin pensar en la futura. Regula sus juicios, sus inclinaciones y sus deseos por los bienes presentes y sensibles, sin acordarse de los que están por venir. Fija toda la atención en lo que hace dulce y acomodada esta vida; olvidado enteramente de las funestas consecuencias que quizá se seguirán. Los sentidos son sus oráculos; toda su felicidad la coloca en los bienes de esta vida, como si ella fuera el lugar de su descanso, como si las criaturas fuesen su último fin; esta es la verdadera locura del mundo.

¿Este objeto es muy á propósito para contentar mis sentidos, para satisfacer mis pasiones, para lisonjear mi apetito? Luego es mi verdadero bien. Así raciocina el mundo. ¿Pero se pudiera hablar de otra manera si no hubiera mas vida que la presente? Créese que hay otra, y con todo eso se habla de la misma suerte. Tal objeto, tal idea, tal empleo nos parece la mayor felicidad de esta vida, y acaso será la mayor desgracia de la otra. Dará-nos gusto todo eso por algunos momentos de una vida muy corta, y será la causa de amarguísimos arrepentimientos por toda la eternidad.

Para hacer juicio recto de la verdadera felicidad de un hombre que ha de vivir eternamente, ¿nos hemos de gobernar por lo que solo dura un brevísimo espacio de tiempo, ó por lo que dura la misma eternidad? ¿no será razon comparar la eternidad con el tiempo, y los bienes y males temporales con los males y con los bienes eternos?

¡Cosa estraña! Préciense los hombres de ser sabios, juiciosos, prudentes, discretos; y seguramente que muchos lo son en todo aquello que no toca á su eterna salvación; pero cuando se trata de ser dichosos ó infelices por toda la eternidad, entonces no se discurre, se desbarra. ¿A qué se atribuirán estos intervalos de locura? Al olvido de nuestro último fin. Estrañamente se descamina, se precipita, y se pierde el que aparta la vista de esta estrella. ¡Ah, Señor, y cuántas funestas esperiencias me han enseñado esta terrible verdad en mis propios descaminos!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que se debe mirar la vida presente y la vida futura como dos diferentes regiones, en que el hombre ha de entrar sucesivamente; un puñado de días, un humo que se desvanece, un sueño que luego se acaba, esa es la medida de esta vida. La eternidad; esto es, una duración inter-

minable, esa es la medida de la otra. ¿Qué proporcion hay entre estas dos duraciones? ¿Pero qué locura mas insigne, qué mayor extravagancia que poner únicamente la atención en este puñado de dias tan poco serenos, tan poco tranquilos, y no hacer el menor caso de aquella dichosa eternidad, que es nuestro último fin? ¡qué insensatez preferir estos bienes aparentes, estas falsas brillanteces de una vida tan llena de miserias, á aquella eterna felicidad para la cual fuimos criados!

¡O mi Dios, y con qué claridad descubrirá la eternidad la imbecilidad del espíritu del mundo, y el desacierto de los que se gobernaron por él! ¡Qué sensible, qué palpable, qué evidente se hará entonces esta locura! ¡qué vivir unos pocos dias en libertad, con alegría; pero con una alegría tan frívola, tan superficial, tan interrumpida, tan mezclada, y por decirlo así, en una alegría tan triste, tan amarga como la de esta vida; y esto para vivir despues entre arrepentimientos, entre lágrimas, entre suplicios y tormentos tan espantosos como son los de la otra! ¡para vivir en medio de aquel torbellino, de aquel centro de todos los males por toda la eternidad! Escoged, mundanos; y si habeis tomado ya vuestro partido; si habeis hecho vuestra elección; si la vida presente tiene tanto atractivo para vosotros; si no os merece el menor cuidado la otra; ¿sois prudentes? ¿teneis juicio? ¿discurrís con acierto? ¿sois racionales? Tal es la suerte de todos los que pierden de vista su único fin.

Por el contrario, vivir en este mundo un puñado de dias, y vivirlos en unas lágrimas tan dulces, tan consoladoras como las que derrama la penitencia; para vivir despues en la vida eterna del Señor, en aquel océano de los mas puros, de los mas santos, de los mas llenos deleites, herencia segura, suerte dichosa de las almas fieles; ¿qué os parece? ¿no será prudencia abrazar este partido? Pues veis ahí el efecto que produce la continua consideración de nuestro último fin.

Hácese el mundo mas digno de compasion por lo mismo que se lisonjea en sus propios errores y desaciertos. ¡Ah! y cuanta verdad es lo que dice el Apóstol (1. Cor. 1.) que para los hijos de perdición todo lo que suena á cruz es necedad y locura; mas para los escogidos esta divina palabra lleva la fuerza de Dios. *Verbum enim crucis pereuntibus quidem stultitia est; iis autem, qui salvi fiunt, id est, nobis, Dei virtus est.* Ninguno se engañe á sí mismo, añade el Apóstol: si alguno de vosotros es tenido por sabio, segun el mundo, que se haga ignorante para ser sabio, porque la sabiduría de este mundo á los ojos de Dios es una verdadera necedad: *Nemo se seducat: si quis videtur inter vos sa-*

*piens esse in hoc sæculo, stultus fiat ut sit sapiens (1. Cor. 2.); sapientia enim hujus mundi, stultitia est apud Deum.* Esta dichosa mudanza es efecto de la gracia, y en cierta manera es fruto de la continua consideración de nuestro último fin.

Ya, Señor, esperimento el dolor y el remordimiento de una ceguedad, que ha sido en mí tanto menos excusable, cuanto ha sido mas voluntaria. Así es, que hasta aquí he pensado, he discurrido y he hablado siempre de los bienes y de los males de esta vida, segun los falsos principios, y gobernándome por las aparentes luces del mundo; reconozco y detesto mi error, y os suplico, mi Dios, me concedais la verdadera sabiduría de vuestros verdaderos fieles; porque de hoy en adelante no quiero gloriarme en otra sabiduría que en la sabiduría de la cruz.

JACULATORIAS. — Libreme Dios de gloriarme en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo. (*Galat. 6.*)

Solo es sabio el que guarda los mandamientos, y se aprovecha de las misericordias del Señor. (*Psalm. 105.*)

#### PROPOSITOS.

1 El que no piensa adonde va, se descamina; y el que aparta la vista de su último fin, discurre mal, porque entonces solo le gobierna la pasión. ¿De donde nace, que tantos hombres sabios á los ojos del mundo, de tan buen juicio, de tanta capacidad, de tanto acierto en una resolución moral, de tanta prudencia en un consejo político, desbarran tan lastimosamente en su propia conducta? Nace de que se olvidan de su último fin en sus discursos; no les falta luz, pero les falta la voluntad; apartan los ojos de su último fin muy de propósito. Evita este desorden; estraña cosa es caminar dia y noche los veinte, los treinta, los ochenta años sin pensar siquiera adonde se va. Todos somos caminantes; pues acordémonos de cual ha de ser el término de nuestro viaje y el fin de nuestros pasos. Considera todas las noches que aquel dia hiciste una jornada, y que esa menos te falta para llegar al término. No emprendas cosa alguna sin preguntarte á tí mismo: *Quid hæc ad æternitatem?* ¿Y esto de qué servirá para la vida eterna? Así lo practicaron muchos santos; practicalo tú como ellos.

2 ¿Das buenos consejos á tus hijos y á tus criados? pues date esos mismos á tí propio. ¿Corriges una falta? ¿reprendes una acción? pues guárdate bien de incurrir en lo que reprendes y corriges: *Medice, cura te ipsum.* (*Luc. 4.*) Médico, cúrate á

tí propio. Esto es lo que tácitamente dicen los hijos, los criados, los súbditos, los oyentes á todos los que dan buena doctrina, y no se aprovechan de ella. Cometer las faltas que se reprenden en otros, no hacer lo que se aconseja á los demás, es hipocresía, es hazañería, es como mamarrachada en punto de religion, y á todo hombre de entendimiento le enfada mucho. ¡Qué confusion, qué vergüenza padecerán algun dia aquellos directores y predicadores que mostraron á otros el camino del cielo, y ellos no le quisieron seguir; que echaron sobre otros cargas muy pesadas, y ellos no las tocaron con el dedo; que fueron como metal cóncavo y campana sonora, voz, ruido, y nada mas! Avergüenzate de no practicar lo que enseñas á otros. *Cæpit Jesus facere et docere.* ¿Quieres que tus sermones, que tus consejos sean eficaces? pues haz aquello mismo que enseñas.

## ÍNDICE

### DE LO CONTENIDO EN EL MES DE MAYO.

	PAG.
DIA I.—San Felipe, apóstol. . . . .	6
Santiago, apóstol, el menor. . . . .	8
San Jeremias, profeta. . . . .	13
San Saturnino, mártir de Mérida. . . . .	15
San Orencio ú Oroncio y Sta. Paciencia, padres de S. Lorenzo. . . . .	ibid.
San Segismundo, ó Sigismundo, rey de Borgoña. . . . .	18
El Evangelio y Meditacion: Del conocimiento y amor de nuestro Señor Jesucristo. . . . .	26
DIA II.—San Atanasio, patriarca de Alejandria. . . . .	31
San Felix, diácono. . . . .	41
Los santos Simplicio y Ambrosio, mártires. . . . .	ibid.
La beata Mafalda, esposa del rey D. Enrique I de Castilla. . . . .	42
El Evangelio y Meditacion: Del temor de Dios. . . . .	45
DIA III.—La invencion de la santa Cruz. . . . .	50
Los santos Alejandro, papa, Evencio y Teodulo, presbiteros y mártires. . . . .	56
San Juvenal, obispo de Narni. . . . .	59
El Evangelio y Meditacion: Del mérito de los trabajos. . . . .	62
DIA IV.—Santa Mónica, madre de S. Agustin. . . . .	67
El Evangelio y Meditacion: De la sincera voluntad de entregarse á Dios. . . . .	75
DIA V.—San Pio V, papa y confesor. . . . .	81
La conversion de S. Agustin. . . . .	87
San Angel, ó Angelo, mártir, religioso carmelita. . . . .	88
El Evangelio y Meditacion: Cuanto importa no despreciar las cosas pequeñas. . . . .	100
DIA VI.—La fiesta de S. Juan ante Portam Latinam. . . . .	106
San Juan Damasceno, confesor. . . . .	110
El Evangelio y Meditacion: Que el despeño en los mayores desórdenes, y en los precipicios mas funestos, nace frecuentemente del desprecio de las cosas pequeñas. . . . .	118
DIA VII.—San Estanislao, obispo y mártir. . . . .	123
San Sisto y Eovaldo, llamado en vulgar catalan S. Hou. . . . .	130
San Benedicto II, papa y confesor. . . . .	131
El Evangelio y Meditacion: La desdicha de una vida ociosa é inútil. . . . .	135
DIA VIII.—La aparicion de S. Miguel Arcángel. . . . .	139
El beato Domingo, confesor. . . . .	143